

JESÚS CARRASCO, EL ESCRITOR DE LOS CUIDADOS

MARÍA JESÚS GARCÍA FERNÁNDEZ

Poeta, periodista y educadora
@chusgarciaf

María Jesús García Fernández (Sevilla, 1974) reside en Fuente del Arco, Badajoz. Actualmente trabaja como educadora infantil e imparte talleres de yoga, radio y literatura. Ha publicado el poemario “Gineceo” (Tau Editores, 2020) y el ensayo “La línea 2” sobre conciliación en la obra colectiva “Luminosas” (Editorial Universidad de Sevilla, 2020). Acaba de publicar “GAIA” (Morenita Producciones, 2022). Es socia activa de la Asociación de Escritores de Extremadura (AEEX). Antes trabajó como periodista en Canal Sur, Cadena Ser, Canal Extremadura y colaboró con el programa “A vivir que son dos días” y la revista La Marea. Suele recitar sus versos por festivales, plazas y teatros de todo el país.

Todo comenzó a la intemperie para Jesús Carrasco.

Un **niño** tiene que huir en plena sequía en una llanura donde todo el pueblo y el alguacil le buscan. Lucha por sobrevivir entre el hambre y el miedo hasta que encuentra a un viejo **cabrero** con su **perro** y su **rebaño** que también sobrevive al calor asfixiante, la falta de lluvia y por supuesto al hambre.

“El niño miró nervioso a su alrededor en busca de una escapatoria y no la encontró. Tras él, el cabrero con su pared y sus montones de escombros. En cualquier otra dirección, una llanura inclemente y eterna en la que no iba a encontrar escondrijo”.

Todos los protagonistas sobreviven a la **Intemperie** (Seix Barral, 2013)

Eva Holman es la narradora en primera persona de una distopía que rezuma tierra por cada página. Teme a su marido **Iosif** tanto como lo cuida pues ahora es totalmente dependiente de ella, pero fue un alto cargo militar con poder como para seguir amedrentándola desde su butaca silenciosa.

“Un hombre que ha tenido a su mando divisiones, que ha dispuesto de las vidas de otros hombres, que ha asediado ciudades y pasado a cuchillo a enemigos y sediciosos. Me pregunto si sus viejos adversarios, aquellos a los que sometió hasta convertirlos en súbditos de su majestad, conservarán la antigua furia con la que, sin duda, rindieron sus armas a este hombre a cuya sombra he vivido y cuya sombra es ahora todo lo que respiro”.

Viven solos en una finca privilegiada con su perro **Kaiser** y una escopeta como única defensa ante el entorno natural y humano que les rodea. Alrededor deambulan lince, lobos y antiguos paisanos de la extremeña Tierra de Barros, que fueron sometidos por el ejército germano y vagan perdidos como **Leva**, cual *pardioseros o ladrones*, en **La tierra que pisamos** (Seix Barral, 2016).

Juan escapó del negocio familiar y de su pueblo manchego, Cruces, rumbo a Edimburgo, con la excusa de haber conseguido una beca. Tras haberse instalado por fin felizmente, con un trabajo digno y *‘de lo suyo’*, está encantado de disfrutar a diario del Jardín Botánico escocés y de sus magníficos rododendros. Recibe una llamada urgente que de algún modo desoye y cuando logra llegar a su pueblo, encuentra que su padre ha muerto y se ve obligado a enfrentarse a su familia y a sus raíces en pleno tanatorio.

“El polvo es un fenómeno tan consistente como la gravedad (...) el polvo también cae. (...) se mezcla con grasa en las campanas de cocina formando un lodazal que termina encostrándose. Metafóricamente el polvo también se asienta en los silencios. Entre su padre y él había kilos de polvo. También en el espacio que le separa de su madre y, en menor medida, entre él y su hermana”.

Isabel, su hermana que ha tirado sola del carro los últimos años, le zarandea y le exige, le reprocha y le interroga sin descanso mientras él trata de escabullirse del torbellino emocional hasta que sin darse cuenta va asumiendo el rol de hijo que tiene que afrontar irremediabilmente.

La madre pierde cada día su autonomía y su memoria, ya no puede cuidar de sí misma, su hermana tampoco puede seguir haciéndolo. Juan tendrá que afrontar la situación, aunque ha viajado con billete de vuelta cerrado. Así comienza **Llévame a casa** (Seix Barral 2021).

Jesús Carrasco Jaramillo (Olivenza, Badajoz, 1972) presenta a sus protagonistas, sin tiempo para pensar ni decidir, simplemente se ven abocados a actuar y la única salida es responsabilizarse de los otros antes que de la propia existencia.

El autor traza emociones duras, decisiones inaplazables o impuestas por las circunstancias y nos sitúa en ese momento crucial en el que tenemos que trascender nuestra propia existencia para cuidar del otro. Así activa el lado femenino y amoroso de los seres humanos, despierta el instinto de autodefensa y supervivencia, nos hace debatirnos entre el puro egoísmo y nuestra esencia más social, más empática y vulnerable, nuestra infinita y también denostada humanidad.

Carrasco nos habla de **la crueldad de los seres humanos**, pero lo hace construyendo una **alternativa desde el amor** en sus mil formas: amor a los tuyos, amor compasivo, empatía, obligación moral, amor como devolución del cuidado recibido, amor convertido en instinto natural de protección, amor a los débiles, a la naturaleza, a los animales...

Del otro lado solo podemos mirarnos el ombligo, creernos invulnerables, superiores e independientes como nos enseña **el paradigma occidental** del ser que todo lo puede gracias al **progreso** y la **tecnología que nos ciega**, que nos fragmenta en muchos "uno", que nos divide hasta dejarnos a kilómetros de distancia insalvables.

Carrasco apuesta por la ternura y por la vida incluso en las condiciones más bárbaras y salvajes, en medio de la violencia, en la devastación del territorio, en la sequía y en el calor o en el frío extremos, también en el paisaje distópico de posguerra, en un escenario postindustrial desnaturalizado o en un páramo reseco y desolador.

Sus escenarios nos sitúan en el **espejo de nuestra sociedad y de nuestras carencias**, ciegos ante los límites del planeta y desapegados de nuestra propia esencia como especie.

Frente a esos escenarios casi desérticos va arañando gotas de vida, de luz, de agua y de esperanza, **hilvanando valores** y esencias que nos hacen afrontar el miedo, **que nos redibujan como personas**, nos empujan a actuar y a reaccionar con respuestas urgentes, a volver sobre nuestros pasos para reorientarlos desde la humildad de sabernos útiles, **héroes improvisados**.

Nos **invita a tener una misión** que da sentido a nuestra rutina, que nos reconecta con el sentido mismo de la existencia y nos invoca a dar un **vuelco moral a nuestras vidas**.

Tres novelas que nacieron en tiempos de crisis encadenadas. Tres historias con narrativas muy diferentes, pero con una capacidad de escudriñar lo íntimo que asalta a quien lee.

Carrasco nos invita a cuestionarnos desde la primera página y nos lleva a esas preguntas existenciales que casi siempre rehuimos: ¿Daría mi vida por otra persona? ¿Hasta dónde quiero sacrificarme? ¿Puedo llegar a ejercer la misma violencia que detesto y rechazo? ¿Qué puede más mi valentía o mi miedo? ¿Quiero devolver el amor que recibí? ¿Tengo autonomía moral para tomarme la justicia por mi propia mano?...

Carrasco ha tardado trece años en escribir sus novelas, **tejiendo y destejiendo**, defendiendo su **libertad como escritor** en tiempos difíciles y con el peso de un primer título que le encumbró a nivel internacional con enorme éxito de público, de ventas y de la crítica.

Carrasco aborda su propia necesidad de contarse a sí mismo, de exponerse y ofrecer su visión íntima y detallada de la vida, de los afectos, de los terrenos más pantanosos y lo hace **sin escatimar en detalles** y costumbres, describiendo minuciosamente secuencias cotidianas en las que podemos reconocernos fácilmente. Esa es la grandeza de la literatura, **hacer universales los paisajes y situaciones más íntimos y locales** y la eterna encrucijada del ser humano.

Juega con el tiempo y el espacio a su antojo para encerrarnos en un escenario asfixiante donde debatirnos interiormente y con urgencia.

Describe con tal preciosismo las estancias, los parajes, la acción misma, que **quien lee se siente dentro de la propia escena**, pasa a ser parte de ella y logra tensar nuestro cuerpo con el miedo de sus personajes, con la violencia desatada, la crueldad o el dolor que recuerdan al tremendismo de Cela o Delibes, pero también con el regocijo, con la justicia universal, la bondad sin límites y la belleza del instante.

“Me he levantado y he prendido la lámpara que tengo sobre la mesilla. Asomando el cuerpo sobre el alféizar, he movido la luz a un lado y a otro en busca de signos del animal, pero enseguida me he dado cuenta de que la luna llena iluminaba más que mi farol y he terminado por apagarlo. En cualquier caso, no he apreciado nada extraño. Quizá mi luz lo haya espantado. Los animales seguían tranquilos y yo he dejado que el aire templado que asciende por el valle me acaricie la cara. La luna llena tenía de un extraño amarillo las nubes detenidas sobre la llanura distante”.

—La tierra que pisamos—

Desde la complicidad y el **diálogo casi siempre mínimo entre personajes**, hasta los gestos, los movimientos, el sudor, la orina, el hedor, el pánico o cualquier detalle mínimo, son dibujados por Carrasco como si de **un cuadro hiperrealista** se tratara.

“Desde su agujero de arcilla escuchó el eco de las voces que lo llamaban y, como si de grillos se tratara, intentó ubicar a cada hombre dentro de los límites del olivar. Berreos como jaras calcinadas. Tumbado sobre un costado, su cuerpo en forma de zeta se encajaba en el hoyo sin dejarle apenas espacio para moverse. Los brazos envolviendo las rodillas o sirviendo de almohada, y tan sólo una mínima hornacina para el morral de las provisiones. Había dispuesto una tapadera de varas de poda sobre dos ramas gruesas que hacían las veces de vigas”.

—Intemperie—

Este tono preciso y cercano, no impide que brote **cierta picaresca o sabiduría popular** un poco inocente en las peripecias con las que logra dar un giro repentino a la trama: una carta doblada en un bolsillo, una lata de pintura o la cataplasma salvadora que cubre una frente ardiendo y libra al protagonista de un destino fatal.

También recurre el autor a episodios oníricos y febriles de gran fuerza y simbolismo en sus obras con cierto regusto surrealista.

“Nota la vibración en sus sienas membranosas, y siente flotar los ojos en las órbitas como hielos en un vaso. Quien está sentado dentro de su cráneo busca alternativas. Viaja al interior de su cuerpo hueco hasta alcanzar las puntas de los dedos. Lanza hacia los extremos descargas eléctricas y los pateo, sin conseguir movimiento alguno. La lija caliente recorre su cara y se cuele por sus dientes y encías. Definitivamente está atrapado en su cabeza y sólo le aguarda esperar la muerte”.

—Intemperie—

Carrasco es **preciosista en el léxico** que maneja con maestría y soltura. Se centra sobre todo en paisajes rurales que casi podemos tocar, oler, sentir. Se detiene hasta en los detalles más ínfimos que escaparían de la capacidad de observación de cualquiera, sin embargo, es ahí donde él se recrea y se hace fuerte, demostrando un **agudo sentido del humor y de la violencia, pero imprimiendo también infinita ternura** en cada línea, hasta en la carantoña a **un perro que también es figura omnipresente en todas las novelas**.

“Energizar las plantas para que florecieran y completaran así su ciclo. Cavar, abonar, podar o fumigar como medios para conseguir una culminación que no puede ser otra que la flor. En ellas su madre se deleita y se realiza. Sin sus cuidados, no hay lugar para esa belleza. Las flores, salvo los glastos y las amapolas que, igual que los escombros, menudean en los márgenes de los caminos, no surgen de la nada ni aparecen por ensalmo en sus arriates. Es ella quien las saca adelante y a ellas puede entregarse plenamente, porque no la juzgan ni la lastran”.

—Llévame a casa—

“... Tensó el cuello y dejó suspendida la cabeza para poder escuchar con mayor claridad y, entrecerrando los ojos, aguzó el oído en busca de la voz que le había obligado a huir. No la encontró, ni tampoco distinguió ladridos y eso le alivió porque sabía que sólo un perro bien adiestrado podría descubrir su guarida. Un perdiguero o un buen trufero cojo. Quizá un sabueso inglés, uno de esos animales de cortas patas leñosas y orejas lacias que había visto una vez en un periódico llegado de la capital”.

—Intemperie—

Así conquista Carrasco un **virtuosismo como narrador** que pocos autores contemporáneos alcanzan, dejando intuir en cada párrafo las emociones y sucesos que están por venir.

Personalmente lo que más me interesa de sus novelas es que exhala una **humanidad y un compromiso** con la justicia, con el planeta, con la infancia, con la naturaleza, con las personas más vulnerables y con la igualdad entendida en el sentido más amplio, que le definen como persona y como el autor extraordinario que es. Creo que **ahí radica el éxito** de sus libros, **en la verdad que desprenden**, en la verosimilitud literaria, en la capacidad brutal para introducirnos dentro del personaje y del escenario y más que nada en su enorme compromiso con nuestra esencia animal y humana, con la vida.